

–Tiene razón, ese cuento es la historia de dos enemigos; al final se encuentran, creo, en el cielo y descubren que para Dios son la misma persona, las diferencias que los separaban eran mínimas y uno hace quemar al otro. Qué raro, usted es la primera persona del mundo que me habla de ese cuento.

–*Han hablado muchas otras personas.*

–Pero a mí no me han dicho nada. Yo he encontrado dos referencias en la poesía que tienen que ver con la identidad. Una, en Walt Whitman y está al principio de *Leaves of Grass*, dice: *I know little or nothing concerning myself*. Otra, en Hugo, que dice con una hermosa metáfora: *Je suis voilé pour moi même. Je ne sais pas mon vrai nom*. Estoy velado para mí mismo, no sé mi verdadero nombre. Esa imagen del hombre velado para sí mismo es muy linda. Los dos sintieron lo mismo, los dos grandes poetas, Whitman y Hugo, sintieron que no sabían quiénes eran.

–*¿La visión del mundo como un caos en «La biblioteca de Babel» representa su mirada personal?*

–Por desgracia, es lo que siento. Pero quizá sea secretamente un cosmos, tal vez haya un orden que no podemos percibir. En todo caso, debemos pensar eso para seguir viviendo. Yo preferiría pensar que, a pesar de tanto horror, hay un fin ético en el universo, que el universo propende al bien, y en ese argumento pongo mis esperanzas.

–*¿Pero para usted el universo es absurdo?*

–Creo que tendemos a sentirlo así. No es una cuestión de inteligencia, sino de sentimientos. No sé, yo tengo la impresión de que uno vive entre gente insensata. Bernard Shaw decía que en Occidente no había adultos; la prueba de ello está en un hombre de noventa años que muere con un palo de golf entre las manos. En otras palabras, hay personas a quienes los años no le traen sabiduría, sino golf. Yo tengo un poco esa impresión también, pero no sé si soy siempre adulto, en todo caso trato de serlo, de no dejarme llevar por pasiones, por prejuicios. Es muy difícil, ya que, de algún modo, todos somos víctimas y quizá cómplices, dada la sociedad actual que es indefendible.

–*En otro de sus cuentos, que aparece en El libro de arena, y que se titula «El Congreso»...*

—Ah, sí, ese cuento es el más ambicioso mío.

—¿Es autobiográfico?

—No, ese cuento empieza siendo un cuento de Kafka y concluye siendo un cuento de Chesterton. Es una vasta empresa, esa empresa va confundiendo con el universo, pero cuando los personajes descubren eso no se sienten defraudados, sino muy felices. Hay una especie de apoteosis al final, creo recordar. Bueno, he pensado que convendría reescribirlo y arreglarlo, habría que acentuar más los caracteres, porque como yo lo he escrito son simplemente nombres, habría que soñar bien a esos personajes, habría que inventar episodios que no figuran allí y podría ser una pequeña novela, breve, ya que soy incapaz de trabajos largos.

—*En una de las primeras páginas de este cuento se dice: «Me he afiliado al partido conservador y a un club de ajedrez». ¿Usted es conservador, Borges?*

—Yo no sé si todavía queda algo que conservar.

—¿Tal vez el club de ajedrez?

—Sí, salvo que soy pésimo ajedrecista. Mi padre me enseñó el ajedrez y me derrotaba siempre; él jugaba bien y yo nunca aprendí. El ajedrez es una hermosa invención árabe o de la India, no se sabe. En *Las mil y una noches* se habla del ajedrez. Hay un cuento de un príncipe que había sido convertido en mono y para demostrar que es un hombre juega al ajedrez. *Las mil y una noches*, ese libro espléndido en el cual hay también sueños dentro de sueños y sueños dentro de esos otros sueños.

—El gaucho Martín Fierro, *la obra emblemática de la literatura argentina*, ¿es para usted un mal sueño? ¿Qué opinión le merece?

—Creo que es estéticamente admirable, pero éticamente horrible. La obra, desde luego, es espléndida. Uno cree en el personaje del todo, además resulta imposible que no haya existido, pero no es un personaje, digamos, ejemplar. Además, quería pasarse al enemigo, que entonces eran los indios. Yo no creo que la historia de Martín Fierro pueda ser, como se ha supuesto, la historia del típico general de los gauchos, ya que si todos hubieran desertado no se habría conquistado el desierto. Tenía un tipo distinto. Martín Fie-

rro corresponde, digamos, al gaucho malo de Sarmiento, al tipo del matrero que no fue muy común. Una prueba de ello es que aún recordamos a Hormiga Negra, a Juan Moreira, en Entre Ríos a Calandria, es decir, ese tipo fue excepcional, ya que los gauchos, en general, no eran matrereros. Yo profeso la mayor admiración por el *Martín Fierro*, podría recitarle a usted páginas y páginas de memoria, pero no creo que el personaje sea ejemplar ni que Hernández lo haya pensado como ejemplar. Eso lo inventó Lugones cuando escribió *El Payador* en el año 1916. Él propone el *Martín Fierro* como una epopeya argentina y al personaje como un personaje ejemplar, como un héroe, como un paladín, lo cual es evidentemente falso.

—¿Es cierto que usted le regaló un ejemplar de Don Segundo Sombra de Ricardo Güiraldes al cuchillero Nicolás Paredes?

—Sí, se sintió muy defraudado. Me dijo: ¿este criollo a qué hora pelea? Le voy a contar algo de Don Segundo, porque voy a escribir sobre esto alguna vez, pero si usted quiere adelantarlo, mejor. Bueno, la vejez de Don Segundo Sombra fue muy rara. Él era el capataz de la estancia *La porteña* de Güiraldes en San Antonio de Areco, que está al norte de la provincia de Buenos Aires. Güiraldes lo tomó como modelo para el libro. Don Segundo era santafesino, es decir, un poco extranjero para la provincia de Buenos Aires. Se llamaba Segundo Ramírez Sombra. Güiraldes, con buen sentido literario, omitió el Ramírez que no dice nada y así quedó Don Segundo Sombra. Que está muy bien, porque Segundo presupone un primero y Sombra presupone una forma que la proyecta. Don Segundo se hizo famoso. Güiraldes llevó a su estancia a personas como Ortega y Gasset, Waldo Frank, Victoria Ocampo y Drieu La Rochelle para que lo conocieran. En el pueblo, en San Antonio, vivían cuchilleros que habían sido guardaespaldas del padre de Güiraldes, que fue intendente de San Antonio. Estos cuchilleros estaban furiosos. Decían por qué el niño Ricardo había escrito un libro sobre este viejo infeliz que no sabía cómo se agarraba un cuchillo, y así lo provocaban. De modo que la vida del viejo Don Segundo, que era un hombre tranquilo, pasó a ser una vida muy cambiante. Pasó de ser un personaje legendario a ser un viejo santafesino a quien provocaban los otros. Los nombres de quienes lo desafiaban muestran que eran gente brava y debían muchas muertes. Había uno que se llamaba el Toro Negro y al hijo de él le decían el Torito. Y estaba Soto, que era muy famoso. Cuando Don Segundo estaba en el almacén y veía entrar por la puerta a uno de estos malevos, huía inmediatamente. Soto era un hombre bastante bravo. Figúrese, cierto día llegó un circo al pueblo. En el circo había un domador de leones que había despertado el

asombro de la gente, pero tenía la desgracia de llamarse Soto. A Soto, el cuchillero, no le gustó nada que la gente hablara con admiración del otro Soto. De modo que, una tarde, en el despacho de bebidas, el cuchillero se le acercó al domador y le dijo: quiero saber su gracia, su nombre. Y el otro le respondió: «Soto, para servirlo». Entonces el cuchillero le dijo: «Aquí el único Soto soy yo, de modo que no se apure, elija el arma, que yo lo espero afuera». Nunca se peleaba bajo techo, porque era ofender la casa, aunque la casa fuese un prostíbulo. El domador no sabía qué hacer, pero alguien le alcanzó un puñal. Salió a la calle, pero como no sabía manejar el puñal, el cuchillero lo mató. Luego, los testigos, creo que entre ellos también había un vigilante, dijeron que el domador había provocado a Soto y, como éste era el héroe local y el otro un forastero, todo quedó como si nada hubiera pasado. Si uno tiene como enemigos a gente como Soto, el Toro Negro o el Torito, es mejor cuidarse ¿no? Efectivamente, Don Segundo Sombra se cuidó. Murió de muerte natural no sé en qué fecha. Mis amigos y yo le hicimos una broma a Güiraldes publicando una nota en el diario desmintiendo el rumor de que el cadáver de Don Segundo iba a ser repatriado a un lugar de Italia, tratándolo como si fuese un gringo.

*—Usted representa el espíritu cosmopolita, habla desde una cultura universal...*

—Tanto como universal no sé, hago lo que puedo.

*—¿De dónde proviene su cultura, sus primeras lecturas, su formación?*

—Le debo mucho a la literatura inglesa, incluyendo a la americana, desde luego. En casa casi todos los libros eran en inglés; la Biblia era la King James Bible; *Las mil y una noches*, la de Lane o la de Burton. Mi padre me dio los libros ingleses de su biblioteca. En casa hablábamos indistintamente inglés y castellano. Hablaba español con mi abuela materna que se llamaba Leonor Suárez de Acevedo y en inglés con mi abuela paterna, Frances Ann Haslam de Borges, que se casó con ese coronel Borges que se hizo matar.

*—A pesar de su cultura universal, en sus cuentos aparecen compadritos y cuchilleros. ¿Cómo eran los compadritos de antes?*

—Bueno, no sé cómo eran realmente, porque los que yo alcancé ya eran malevos jubilados ¿no?

—¿Siempre estaban debiendo una muerte?

—Sí, en todo caso se suponía eso y, a veces, más de una muerte. Recuerdo a un amigo, el cuchillero Paredes de Palermo, que decía «¡Quién no debía una muerte en mi tiempo, hasta el más infeliz!».

—¿Eran hombres de mucho coraje?

—Sí, coraje individual, ya que no tenían ideales de ninguna especie.

—¿Usted es un cultor del coraje?

—Bueno, digamos que sí. Quizá porque soy físicamente muy cobarde admiro lo que me falta. Coraje cívico tengo, pero físico ninguno, mi dentista lo sabe muy bien.

—¿Su abuelo y también su padre se dejaron matar?

—Lo de mi padre fue un acto de mayor valentía. En cambio, lo de mi abuelo, el coronel Borges, es caso aparte, ya que morir en una batalla debe ser bastante fácil. Pero renunciar, como mi padre, a todo medicamento, rehusar inyecciones, no comer durante sesenta días, tomar sólo un vaso de agua cuando lo quemaba la sed, no permitir que lo atendieran, es muy difícil, me parece una muerte más heroica.

—¿Cómo era el Buenos Aires de antes, el que usted conoció, cómo es ahora?

—No sé cómo es ahora, yo ya no lo conozco. El que yo alcancé era un Buenos Aires pequeño en el espacio, pero creciente, lleno de esperanza y ahora somos una ciudad muy grande y bastante triste, bastante descorazonada por hechos que son de dominio público. Creo que esa es la diferencia, algo pequeño, creciente y algo grande que se desmorona.

—¿Sólo Buenos Aires o es todo el país que está en decadencia?

—Creo que sí, pero, bueno, tal vez los jóvenes, de ellos depende el porvenir, no piensen como yo. Sinceramente, yo me siento incapaz de una esperanza lógica, pero quién sabe si las cosas son realmente lógicas, por qué no creer en milagros.

*–Recuerdo una nota, que desató una gran polémica en 1971, titulada «Leyenda y realidad», en la que usted manifestaba su posición en contra del peronismo.*

–Claro, por razones éticas, nada más. Yo no soy político ni estoy afiliado a ningún partido.

*–¿Usted fue perseguido durante la primera etapa del peronismo?*

–Más o menos. Me amenazaron de muerte, pero después se olvidaron. Mi madre, en cambio, estuvo un mes presa; mi hermana y un sobrino mío también. Conmigo se limitaron a amenazas telefónicas. Por eso, me di cuenta de que estaba perfectamente seguro, si alguien va a matar a otro no se lo va a comunicar por teléfono antes ¿no?, por tonto que sea.

*–Recuerdo otro de sus textos, «El simulacro», donde usted presenta a Perón como el dictador y a Eva Duarte como una muñeca rubia, y dice que crearon una crasa mitología.*

–El hecho que yo refiero ahí, que no recuerdo muy bien ahora, era ese, el hecho de pasear una muñeca que simulaba ser el cadáver de Eva y un señor que simulaba ser Perón. Y ganaron bastante dinero haciendo esto. Esta historia me la habían contado dos personas que no se conocían entre sí, de modo que ocurrió en el Chaco, yo no la inventé, además no es una hermosa invención tampoco; es bastante torpe, bastante desagradable ver a alguien que se pasea con un ataúd, con una figura de cera, que está jugando a ser un cadáver; es una idea terrible y que se pague para ver eso y que la gente rece. Sí, crasa mitología viene a ser lo justo. Me había olvidado totalmente de esa página, pero tiene razón, yo la escribí porque me había llamado tanto la atención.

*–Usted descrea de la democracia. ¿Cuál sería el gobierno ideal para Borges?*

–Diría que las palabras gobierno e ideal se contradicen. Yo preferiría que fuéramos dignos de un mundo sin gobiernos, pero tendremos que esperar unos siglos. Habría que llegar a un Estado universal, se ahorrarían los países, eso sería una ventaja y luego no habría necesidad de un Estado si todos los ciudadanos fuesen justos, las riquezas fueran bien repartidas, no como ahora que hay gente que dispone de muchos bienes espirituales y materia-

les y gente que no dispone de nada. Todo eso tiene que corregirse, pero quizá tengamos que esperar unos siglos para que se modifiquen las cosas.

–*Macedonio Fernández, a quien usted conoció, era anarquista.*

–Yo le debo tanto a Macedonio... Sí, en ese sentido era spencereano. Creo que hablaba de un máximo de individuo y un mínimo de Estado.

–*¿Usted piensa lo mismo?*

–Sí, claro. Ahora estamos *over-ridden*, estamos *haunted* por el Estado, el Estado se mete en todo. Cuando fuimos a Europa en el año 14 viajamos de Buenos Aires hasta Bremen sin pasaportes, no había pasaportes; éstos vinieron después de la Primera Guerra Mundial, la época de la desconfianza. Antes se recorría el mundo como una gran casa con muchas habitaciones. Ahora usted no puede dar un paso sin demostrar quién es. El Estado está constantemente abrumándonos.

–*Usted ha recibido muchos premios y ha sido postulado para el Premio Nobel varias veces...*

–Sí, pero los suecos son muy sensatos, yo no merezco ese premio.

–*¿Cuál sería el premio que usted desearía recibir?*

–El Premio Nobel, desde luego, pero sé que no lo recibiré, lo cual lo hace aún más codiciable\*.

\* *La presente entrevista a Jorge Luis Borges es producto de dos conversaciones que mantuve con el autor argentino en el año 1982. Una de ellas tuvo lugar en la ciudad de Chicago y la otra en Nueva York. Parte de estas conversaciones fueron publicadas en el libro Espejo de Escritores (Ediciones del Norte, Hanover, N. H., USA, 1985) bajo el título «J. L. Borges. El memorioso» y en el diario Tiempo Argentino (Buenos Aires, 22 de junio de 1986) con el título «Borges. Reportaje a una voz; última ficción».*